

serio castigar con la pena de muerte á Lord Hastings y reducir á una estrecha prision á los demás Lords complicados en el plan.

El asunto de grande importancia para el duque de Gloucester, despues de que habia hecho lo que va referido, era apoderarse de Ricardo, duque de York.

Un secreto presentimiento anunciaba á la madre alguna desgracia terrible pero desconocida. La indolencia no le dejaba pensar lo que deberia hacer en el caso en que se hallaba. Si dejaba á su hijo Eduardo abandonado, podria ser víctima de la van-ganza y enojo del duque de Gloucester que fuese su hermano á acompañarlo, tal vez los dos niños in-feriores corrían igual riesgo.

XXVI.

La pobre madre no tuvo otro recurso que cubrir con la máscara de una alegría fingida el cruel dolor y la desesperación que la atormentaba. La familia de York y llamando á su hijo, y dándole un largo y melancólico beso en la frente, lo entregó á su tío el duque de Gloucester, quien con grande pompa lo condujo á la Torre de Londres.

(CONCLUSION.)

Eduardo tenía quince años. Ricardo tenía quince años. Los dos eran según unánimemente conviene para todos los historiadores de una hermosura singular. Antes de que las ejecuciones y prisiones fuesen conocidas en Londres, el duque acompañado del arzobispo de Canterbury se dirigieron en una barca por el río Támesis hasta la abadía de Westminster, donde se ha dicho que la reina se habia refugiado.

El duque manifestó á la reina Isabel que era necesario que Ricardo fuese á acompañar á su hermano á la Torre y que luego que se verificase la ceremonia de la coronacion, serian trasladados con su familia los dos hermanos á algun otro de los palacios de Londres.

cardo, para formar una alianza y fortificar mas sus pretensiones, solicitó la mano de Ana de Warwick, viuda del príncipe de Gales, que hemos visto fué asesinado en Tewksbury. Ana, que en los pocos dias de su matrimonio habia adorado á su esposo por su juventud, por su excelente carácter y por su valor, no podia de ninguna suerte resolverse á formar una alianza con la familia de York que la habia dejado viuda, ni mucho ménos con el duque de Gloucester, á quien por sus maneras, por sus crímenes ya conocidos, y por su figura, detestaba en el fondo de su corazón. Ricardo empleó cuantos medios pudo, sin resultado alguno, pues Ana de Warwick desapareció repentinamente y permaneció algun tiempo disfrazada, sirviendo de criada doméstica en una casa. Fué descubierta al fin por Ricardo, quien por medio de las amenazas mas terribles logró obtener su mano.

Casado ya Ricardo, dispuso partir á la ciudad de York á celebrar su coronacion, atravesando lentamente muchas ciudades, administrando personalmente justicia en ellas, dispensando gracias y concediendo honores y procurando adquirir por todos esos medios, una rápida y grande popularidad; pero como la prision rigurosa de Eduardo y de su hermano, habia causado gran descontento, los partidarios de los príncipes comenzaron á moverse y á tramar conspiraciones para libertarlos, mientras

Ricardo se consideraba en perfecta seguridad en su país favorito de York.

Sin embargo, luego que llegó la noticia al protector, de las sublevaciones y se persuadió del peligro que corria, mandó llamar al gobernador de la Torre, Sir Ricardo Brakembury.

—Ya os he manifestado, Sir Ricardo, le dijo el duque, que es absolutamente necesario que los príncipes que se hallan en la Torre, desaparezcan para que no sirvan de pretexto á la saña de mis enemigos. ¿Me comprendéis?

—Os comprendo perfectamente, Milord; lo que vos quereis es, que esos niños mueran, porque de esta manera la corona quedará muy firme en vuestra cabeza; pero ya os he dicho, Milord, que si la fortuna os hubiese puesto en la Torre de Lóndres, estariais tan seguro bajo mi cuidado como lo están los hijos del difunto rey vuestro hermano.

—Yo no he dicho que mueran, Sir Ricardo, interrumpió el duque con mal humor; lo único que yo deseo es que por algunos dias desaparezcan; pero vuestro amor á esas criaturas mal educadas y voluntariosas, os hace concebir sospechas que me ofenden.

—Entónces, Milord, contestó Brakembury haciendo una reverencia, y supuesto que me he equi-

vocado, permitidme que me retire, á no ser que tengais algunas órdenes que darne y que yo pueda y deba cumplir.

—Ningunas, Sir Ricardo, dijo el duque haciéndole seña con la mano que se retirara.

Brakembury salió y el duque cruzando los brazos se lo quedó mirando hasta que lo perdió de vista.

—Este hombre, exclamó despues de un momento, es muy tímido y muy imbécil; ya veo que no hará fortuna.

A poco rato entró otro personage alto, delgado, mal vestido, desaseado y de una fisonomía siniestra. Era Sir James Tyrrel.

—Este es mi hombre, dijo el duque luego que lo vió entrar.

—¿Me habeis buscado, Milord?

—Precisamente.

—¿Podré serviros en algo?

—Podrá ser muy bien; pero ante todo ¿cómo estais de dinero?

—Malísimamente, Milord, pues necesito mucho y nada encuentro.

—Mientras tengais mi bolsillo, Sir James, supongo que no tendreis motivo razonable para quejaros.

Tyrrel se inclinó y el duque sacó un bolsillo lleno de oro y lo puso en sus manos.

—¿Y todo este oro, Milord? preguntó Tyrrel asombrado.

—Todo es para vos, supuesto que, segun me decís, vuestra pobreza es extrema.

Tyrrel se inclinó de nuevo respetuosamente.

—Hablemos ahora de nuestros asuntos, dijo el duque acercándose con familiaridad á Tyrrel.

—Estoy á vuestras órdenes, Milord.

—¿Sabeis que los hijos de mi hermano Eduardo están en la Torre de Lóndres?

—Lo sé perfectamente.

—Sabeis que esas criaturas son insubordinadas y turbulentas mas allá de lo que debieran por su edad.

—Tambien lo sé, Milord.

—Sabeis que mis enemigos instigados por la reina Isabel y toda su detestable familia quieren arrancar á esas criaturas de la Torre y quitarme la corona que he obtenido por el voto de toda la Inglaterra?

—Tambien lo sé, Milord.

—Entónces conoceréis, Sir James, que es absolutamente necesario que esas criaturas desaparezcan para siempre.

—Es decir, Milord, dijo Tyrrel retrocediendo un paso, que este oro que me habeis dado, es en pago de la vida de esos inocentes.

—Yo no os he dicho nada, Sir James, gritó el

duque colérico, y vos sois bastante grosero y atrevido de pensar de esa manera. Lo único que yo digo es, que esos niños deben desaparecer, y muy pronto, y que vos teneis bastantes faltas y crímenes á vuestras costas, que tendré necesidad de castigar. ¿Me comprendéis?

Tyrrel se inclinó de nuevo.

—Sir James, dijo el duque, desempeñad vuestra comision bien y pronto; traedme noticias de haber obsequiado mis deseos; y si necesitais mas oro, mis cofres están bastante llenos todavía.

—Pero, Milord, en verdad no sé conque orden podría yo entrar á la Torre.

—Es verdad, se me olvidaba.

El duque escribió en un papel algunas líneas y lo entregó á Tyrrel, el cual despues de haberlo leído saludó al duque y se retiró, poniéndose inmediatamente en camino para Lóndres, pues esta escena pasaba en Warwick.

Cuando llegó á Lóndres esperó que se adelantase mucho la noche, y á cosa de las once se dirigió á la Torre, é hizo que llamasen á Sir Roberto Brakembury.

—Caballero, estoy nombrado gobernador de la Torre de Lóndres por veinticuatro horas, y espero que me entregueis inmediatamente las llaves de todas las prisiones.

—Sir James, exclamó Brakembury lleno de terror, es imposible lo que me decís.

—Aquí teneis la órden, leed.

Brakembury se acercó á una luz y leyó temblando la órden una y dos veces. Así que se convenció que era clara y terminante, la devolvió á Tyrrel, murmurando entre dientes: los pobres niños ¿qué va á ser de ellos?

—Vacilais? dijo Tyrrel mirando que el viejo se habia quedado quieto.

—No, no vacilo; lo que sucede es, que mi cabeza no está muy bien; pero venid.

Brakembury tomó una lámpara, y con pasos vacilantes echó á andar, enseñando á Tyrrel los departamentos donde estaban los prisioneros, y entregándole las llaves:

—¿Y la habitacion de los príncipes? preguntó Tyrrel.

—Allí, allí está, dijo estremeciéndose, enseñándole un pasillo estrecho y oscuro.

—Bien; dijo Tyrrel.

Brakembury concluyó su entrega, regresó á su habitacion, y sintiendo que su cabeza se ardia y que su razon se trastornaba, se salió de la Torre y se dirigió á las orillas del Támesis, para ver si la humedad de la niebla y la fresca del viento disipaban aquel vértigo infernal que lo volvia loco.

Tyrrel, dueño ya de la Torre de Lóndres, llamó á Forest, que era un asesino á quien pagaba con parte del dinero recibido del duque, y á Dighton, mozo de las caballerías del mismo duque, y todos

tres se dirigieron por aquellos patios y corredores oscuros y tristes hasta la alcoba en donde se hallaban los hijos de Eduardo. (*)

La estancia estaba escasamente alumbrada por una lámpara. Reinaba un profundo silencio y una aparente tranquilidad.

Envueltos en las sombras y con los pasos lentos, suaves y silenciosos del chacal, se dirigieron los tres asesinos hasta un lecho colocado en medio de la alcoba. Alzaron los cortinages y descubrieron á los dos niños durmiendo con la seguridad de la inocencia, enlazados sus brazos y juntos sus rostros de serafín.

Tyrrel guardó el puñal que habia ya desnudado; los otros dos bandidos se quedaron un momento inmóviles y sorprendidos.

Todos tenían miedo á la inocencia.

Tyrrel, no teniendo valor para presenciar la eje-

(*) No hay en México personage mas conocido que Ricardo, duque de Gloucester. Shakespeare hizo de los acontecimientos históricos que acabamos de referir, un drama titulado: "La vida y la muerte del rey Ricardo III." Casimiro Delavigne, tomando solamente el lance del asesinato de los dos príncipes, hizo el drama titulado: "Los hijos de Eduardo," y el célebre literato D. Manuel Breton de los Herreros, tradujo á un hermoso verso castellano este drama, que fué varias ocasiones representado en México por el actor Pineda, que creó admirablemente el carácter del duque de Gloucester.

cucion, y temiendo ceder á los impulsos generosos de su corazón, salió de la alcoba y esperó fuera.

Los dos asesinos vacilaron, disputaron, pensaron robarse á los niños y libertarlos así; pero al fin las inclinaciones viciosas y la esperanza del oro, triunfaron, y acercándose á la cama, ahogaron á las hermosas é inocentes criaturas.

Tyrrel y los dos asesinos, con lágrimas en los ojos, como dice Shakespeare, tomaron á los dos cadáveres en sus brazos, hicieron una sepultura y los enterraron al pié de la escalera por donde se sube á un departamento, donde se cree que pasó esta escena y que es conocido hoy por la *Torre Sangrienta*.

Ricardo se ciñó por fin la corona, para perderla con la vida en la batalla de Bosworth, que ganó el duque de Richmond, el cual se casó con Isabel de York, hermana mayor de los niños asesinados en la Torre, y subió al trono con el nombre de Henrique VII.



FIN DE LA OBRA